

EL OFICIO DE HISTORIADOR:
PERSPECTIVAS ACTUALES
DE LA ENSEÑANZA Y LA INVESTIGACION(*)

per
Maurice Aymard

(MAISON DES SCIENCES DE L'HOMME, PARÍS)

Hablar de crisis de la historia está de moda. Esto no aporta, en sí mismo, prueba alguna sobre la realidad de dicha crisis, pero crea una duda, quizás más difusa entre los llamados historiadores profesionales que entre el público. Porque éste último está, según se dice, más ansioso que nunca de libros, revistas y programas de televisión que, cada uno a su manera, le hablen del pasado. Si hay crisis de la historia, ésta se produce en una sociedad, la nuestra, que nunca se había interesado tanto por su pasado, o por sus diversos pasados, y que empieza también a preocuparse por el pasado de otras sociedades, de otras civilizaciones. Y ello, sin duda, porque busca certezas o razones para creer en su porvenir. Verdadera o falsa, la expresión *crisis de la historia*, no escapa a la norma general. Esconde de hecho múltiples contenidos, unos explícitos y otros implícitos que están lejos de concordar entre sí, y se justifica por múltiples causas. Contenidos y causas pueden agruparse fácilmente en dos polos. Por un lado, lo que se discute es el éxito mismo de la historia y su crecimiento, al precio de una profunda transformación interna en los años 60 y 70: todo se aprueba, como si las certezas que habían fundamentado esta expansión poco a poco hubieran dejado de aceptarse y los historiadores se esforzaran por encontrarles sustitutos. De ahí el éxito de expresiones vaporosas, y casi sospechosas, como la de *historia en migajas*, referida a un fenómeno físico de explosión o de implosión que condenaría de antemano todas las tentativas hechas aquí o allá por recomponer los fragmentos.

Por esta parte, la crisis proviene de la misma disciplina histórica. Por la otra, al contrario, parece proceder de la sociedad, a la que la historia, tal como se

* Lección inaugural del curso académico 1993-1994 de la Universidad de San Marino. Traducción del francés por Manuel Ruzafa.

escribía y todavía se escribe, decepcionaría en sus esperanzas más íntimas, precisamente porque no puede proponer otra cosa que sus vacilaciones y sus dudas. Historia y sociedad habían quedado unidas por una vieja alianza, renovada regularmente, en torno a la idea de progreso, aquel invento del Siglo de las Luces recogido en el siglo XIX por la historia, y en el XX por el conjunto de las ciencias sociales, bajo la forma de una *modernización* a la vez inevitable (por irreversible) y necesaria (luego imposible de rechazar). El progreso, la modernización, tenían la ventaja de organizar el tiempo en torno a un pasado, en el que se rechazaba lo que se consideraba superado en las formas de organización y de funcionamiento de las sociedades humanas, y un presente vuelto hacia el porvenir que se definía, precisamente, por la ruptura. Frente a fenómenos como el fundamentalismo religioso, el nacionalismo, el racismo y todas las formas de intolerancia, los historiadores se encuentran hoy enfrentados a unas manifestaciones que saben explicar para el pasado, porque allí tenían sentido, pero no lo tienen por definición en el presente, y menos aún en el futuro. Desconcertados, se inclinarán a explicarlas en términos de continuidades, rebrotes o permanencias, lo que es en cierto modo una solución fácil. Porque son creaciones contemporáneas, de una radical novedad, incluso si toman prestado de otro tiempo recetas, ingredientes o lenguajes. En el marco de una crisis esta vez bastante real -la crisis económica declarada hace una veintena de años, pero anunciada por la gran conmoción cultural de 1968, una crisis que cuestiona nuestras certezas y nuestra relación con el presente y el porvenir, e incluso los grandes equilibrios de Europa y el mundo- la historia (la que sucede ante nuestros ojos) ha tomado su revancha sobre los historiadores. Pero a la vez (en algo la desgracia es útil) les ha obligado a repensar sus interrogantes y sus métodos, y a volver a definir el ejercicio de su propio trabajo.

Esta constatación (o hipótesis) orientará las etapas de mi exposición. La disciplina científica o pretendidamente tal, que denominamos historia ha cambiado profundamente a lo largo de los últimos cincuenta años: es preciso evaluar esta mutación para comprender las verdaderas razones de la crisis actual -¿crisis de crecimiento, transformación interna de la propia disciplina o inicio de un declive?. Y ello, no tanto para avanzar soluciones como para señalar posibles respuestas.

1. Una constatación: la gran transformación de la disciplina histórica.

Para conocer esta modificación de la disciplina histórica, es preciso abarcar una amplitud temporal y un campo espacial de observación, de dimensiones suficientes como para evitar errores de apreciación, ilusiones ópticas y las diversas formas, patentes o larvadas, de *chauvinismo* que pueden aplicarse tanto

a uno mismo como al otro y jugar tanto con la exaltación como con el rechazo. Los historiadores franceses están acostumbrados a ello y es, sin duda, la primera trampa que trataré de evitar. En efecto, la experiencia francesa no es sino una más de las que han participado en esta transformación: cubre un periodo determinado y se refiere a un cierto número de cuestiones bien definidas --esencialmente, al esfuerzo por incluir la historia en el campo de las ciencias sociales: una inserción que auna préstamos recíprocos y tentativas de apropiación o colonización. Pero sus resultados quedarían limitados a una audiencia restringida si no se hubiera tomado el relevo en otra parte y reemprendida la investigación en otras direcciones: la *Social History* en el ámbito anglosajón a finales de los sesenta, la *Microstoria* en Italia a mediados de los setenta, la *Alltagsgeschichte* en Alemania a mitad de los años ochenta. Cada una de estas experiencias debe situarse en el contexto preciso de una determinada historiografía nacional, pero su adición define un nuevo campo de relaciones entre los distintos países que se caracteriza, a pesar de las barreras de la lengua, por una circulación más rápida de ideas y hombres.

Así se ha tendido a establecer, a lo largo de los dos últimos decenios, una internacionalización de las prácticas historiográficas cuya originalidad reside precisamente en el hecho de que ha resultado lo bastante competitiva como para no intentar la unificación total ni la definición de una vulgata por todos aceptada. Los historiadores han aprendido, en mayor medida que en el pasado, a reconocerse como tales, respetando escrupulosamente sus diferencias. Los debates que enfrentan a las historiografías *nacionales* se han visto, de golpe, relegados a un segundo plano: volviendo a Francia, el último de esos debates ha sido, sin duda, el que llevó a mediados de los sesenta al rechazo de la *New Economic History* americana (de los *cliómetras*) por sí misma, a pesar de existir partidarios de la cuantificación en historia, que habrían debido ser los primeros en dejarse seducir. Todos tenemos hoy la sospecha, más o menos fundamentada, de que a pesar de todas las reticencias se gana más tomando e incorporando que rechazando. Prisioneros aún de nuestra cultura y de la educación recibida en el colegio y en la universidad, hemos dejado de identificarnos --o, al menos, de coincidir completamente-- con la historia y la historiografía de nuestro país.

¿Afirmación demasiado optimista?. Tal vez. Sin embargo, es preciso medir la distancia del camino recorrido; porque, no lo olvidemos, la historia se creó en el siglo XIX en torno a una paradoja. Por una parte, se le fijaron las aspiraciones y los métodos de una disciplina científica para la época, fundamentalmente, la crítica rigurosa de las fuentes, y esencialmente de los textos escritos. Por otra, se encontró mediatizada de forma duradera por una doble identificación. La primera, evidente para el conjunto de Europa, en relación al resto del mundo, sobre el

que la dominación de la primera no será únicamente económica, política y militar, sino también científica -pensemos en el hinduismo, la sinología, etc., cuyos criterios de cientificidad fueron establecidos en Occidente, encerrando grandes áreas geográficas dentro de una diferencia cultural que las excluía de la única historia que contaba, la de Europa. La segunda, no menos evidente, país por país, imbuida de la nueva conciencia nacional de los estados existentes o en formación: ni la Historia Antigua escapaba (pensemos en un Camille Jullian en Francia) a estas simpatías interesadas; viéndose la historia, en su conjunto, retribuida con el lugar preeminente que se le concedió en los sistemas educativos, y con los honores otorgados a sus representantes más célebres y autorizados.

Se trate del *Risorgimento* o de la unificación de Alemania en torno a Prusia; de la Francia dividida entre el recuerdo de su pasada supremacía (desde Luis XIV hasta la Revolución y el Imperio) y la realidad de su derrota de 1870-1871; de una Gran Bretaña que encontró en su *Gloriosa Revolución* de 1688 y en sus sucesivas apuestas a favor del liberalismo político, después económico, las razones y las justificaciones de su dominio imperial; o incluso de una España profundamente afectada por la crisis de 1898; era el marco nacional el que determinaba, en la inmensa mayoría de los casos, la elección de temas, de acontecimientos, de periodos en torno a los que girarían los debates entre historiadores, e incluso las orientaciones a largo plazo de la investigación: pensemos en la relación de continuidad que enlaza, en Italia, la Ilustración con el *Risorgimento*; en Alemania, la victoria de los seguidores de la historia política del Estado sobre los de la *Kulturgeschichte*; a la posición central de la monarquía absoluta y de la Revolución, en el caso de Francia. Lo que más sorprende, con todo, es que estas identificaciones con el destino original de tal estado o de tal cultura, y más tarde con tal ideología (conservadora, democrática o revolucionaria), vinieron a dar sentido a la historia, adecuándolo al respeto a normas científicas aceptadas por todos, y no obstaculizando los progresos reales que suponía la ampliación de la base de conocimientos adquiridos. Por un lado, el establecimiento de la verdad; por otro, la libertad en la interpretación y su inclusión en un discurso concebido y organizado para demostrar y convencer: la comunidad de historiadores ha vivido durante más de un siglo sobre esta división aceptada por todos y que permitía distinguir, sin errar demasiado, entre los que merecían el estatuto de historiadores y los declarados falsarios o polígrafos, que lejos de consagrarse a un auténtico trabajo de erudición, no hacían sino servirse de la historia para las necesidades de su causa.

Desde este punto de salida hasta el de llegada (ciertamente provisional), que yo recordaba poco antes, el camino no ha sido una línea recta que fuese de lo menos científico a lo más científico. Si hoy en día vivimos tanto el final de los

exclusivismos nacionales -el ocaso de la *excepción francesa* de la que hablaba Furet, como la de la *Sonderweg* alemana- como el de las grandes filosofías explicativas de la historia, así como el comienzo de un cierto retroceso del eurocentrismo y de una nueva curiosidad por la historia de Asia y de Africa, en curso de elaboración, es porque la disciplina histórica (y evito voluntariamente hablar de ciencia) ha experimentado desde principios del siglo xx, y de manera acelerada durante los últimos cincuenta años, un conjunto de transformaciones que han desplazado las fronteras, renovado los contenidos, modificado los métodos y cuestionado los principales postulados.

Ese desplazamiento de fronteras ha afectado primero a las que delimitaban el tiempo de la historia, aquel por el que una historia de los hombres en sociedad podía escribirse, y que era distinto al de la Prehistoria, donde la ausencia de toda forma de documentación escrita impedía establecer un diálogo de igual a igual, casi diríamos que de conciencia a conciencia. La transformación de la arqueología, que ha hecho suyos los métodos y los refinamientos de los prehistoriadores y los protohistoriadores -quienes adquirieron gran maestría en el arte de *hacer hablar* a los objetos y de leer, aunque fuera en el ángulo de corte de una piedra, la inserción de un pensamiento humano-- ha hecho saltar esa frontera que, en el mejor de los casos, atravesaba el cuarto milenio anterior a nuestra era, matizado una visión anterior y bastante sesgada de la *revolución neolítica*: la ganadería más o menos nómada y la agricultura más o menos sedentaria han coexistido durante mucho tiempo antes de que la segunda triunfase por la eficacia de sus métodos, por el mayor número de personas que podía alimentar, y el volumen de excedentes que permitía acumular. Con ello, la historia ha logrado duplicar aproximadamente su temporalidad, pasando de los cuatro o cinco milenios, como máximo, a una decena larga, y ampliar su base geográfica y social: ésta no se limita ya a las sociedades cuyas formas de organización política prefiguran las de un estado, sino que incluye además todos los tipos de establecimientos humanos y agrupamientos creados a escala más reducidas y según diferentes normas. La historia ya no comienza en Sumer, y ha dejado de excluir a los bárbaros y a otros pueblos que no tenían historia por no tener escritura. Pero tal ampliación del campo temporal y espacial de la historia solamente ha sido posible porque otras fronteras fueron, a su vez, desplazadas o abolidas. Fronteras en las fuentes: aquellas que separaban los diferentes tipos de escritura, y lo escrito de lo no escrito. Fronteras en los temas privilegiados y en las preguntas planteadas a la historia: la política ha dejado de desplazar a todos los restantes contenidos de lo que los alemanes denominan *Kultur* y los italianos y franceses *civilización*, desde las técnicas de la vida material hasta la religión, el arte y las actividades especulativas. Fronteras entre las disciplinas y los métodos: los historiadores han

aprendido, como se les venía proponiendo -Simiand en Francia desde principios de siglo- a observar el campo de las ciencias sociales, a tomar prestadas sus preguntas, definiciones, clasificaciones y métodos de trabajo, y a reivindicar, en nombre del necesario diálogo, una libertad de circulación que permitiera colonizarlas desde el interior, historizarlas. Algunos lo han lamentado o se han opuesto, pensando que la historia debía ser fiel a su peculiaridad originaria. Como mucho, habrán logrado frenar el movimiento consiguiendo algunas victorias menores. Pero lo esencial se ha conseguido. Si se piensa en las reticencias irónicas que podía levantar, hace una quincena de años, el interés de determinados historiadores por terrenos como la cultura y las artes denominadas populares, la alfabetización, el cuerpo o la familia, se puede medir el camino recorrido. La historia no lo es todo, pero todo es historia, o al menos susceptible de llegar a serlo, por poco definidos que estén los objetivos a analizar, los problemas a plantear o las fuentes que permitan esbozar respuestas. Pero estos objetivos e interrogantes se inscriben en marcos espaciales y temporales que coinciden cada vez menos con los de un estado o los de un periodo considerado clave, situándose en otros niveles de significación.

Este cambio no se ha logrado súbitamente ni ha seguido un itinerario unilineal. Ha pasado por etapas intermedias caracterizadas por debates internos, rupturas y cambios de orientación que para sus protagonistas fueron radicales, y sobre esto volveremos enseguida, porque no deja de ser importantes para comprender la *crisis* de la historia. En más de un aspecto, la historia se ha renovado a partir de experiencias anteriores, olvidadas o abandonadas: pensemos, en particular, en las investigaciones de los primeros etnólogos, folkloristas o antropólogos de las últimas décadas del siglo XIX, que los historiadores habían olvidado hasta que fueron recordadas y redescubiertas. Un Maggiolo movilizándolo a los maestros, hacia 1870, para contabilizar en todo el territorio francés el porcentaje de firmas en los registros matrimoniales y cartografiar así una primera muestra del nivel de alfabetización. O un Rodolfo Livi que, a principios de 1890, hacía las primeras investigaciones antropométricas sistemáticas entre los jóvenes reclutas italianos: encuestas modélicas que por la simpatía de su autor hacia las ideas de Lombroso serán permanentemente eliminadas del ámbito de las referencias autorizadas o de buen tono. Se podrían multiplicar los ejemplos. Pero no hay que olvidar que la ampliación del campo genuino de la investigación histórica sobre el conjunto de lo social, y la definición de nuevos objetivos de estudio, no han condenado, en absoluto, los temas anteriores más tradicionales: hoy se habla demasiado del *retorno* a la política, al acontecimiento, a las batallas, etc. Todos estos temas no habían sido nunca olvidados ni abandonados. Todo lo más es la manera de abordarlos, las exigencias del historiador y las preguntas que se plantea en su materia lo que se ha renovado.

2. *¿La crisis, qué crisis?*

La imagen actual (relativamente bien percibida entre el público) es, por consiguiente, la de una historia abierta a todos los interrogantes y sugerencias de otras disciplinas que estudian también lo social; de una historia ampliamente renovada en sus métodos de trabajo y en sus preguntas; de una historia constituida en ámbito de especialización científica que ha aprendido a comunicarse plenamente con un público cada vez más amplio sobre los temas más próximos a sus intereses (una historia de las actitudes ante la muerte o de las costumbres alimenticias es, después de todo, más accesible que la problemática de las indulgencias) y que se aborda también de manera más concreta (la *conquista del poder por Luis XIV* de Rossellini es todo lo contrario de una reconstrucción histórica). Ahora bien, esta imagen apenas coincide con esa historia en crisis evocada al comienzo. Si hay crisis, pues, ¿de qué crisis se trata?. ¿Y cómo explicarla?.

Se sitúa de hecho, lo recordaba al principio, en dos niveles. Uno, interno a la propia historiografía, se refiere a su misma evolución: agotamiento reiterativo de la investigación en ciertos temas, replanteamiento constante de postulados y evidencias que se desprenden del propio análisis, dudas y contradicciones en la definición de nuevas orientaciones y de objetivos de estudio renovados. Este es el nivel habitualmente más invocado, de manera particular (aunque no sólo) en Francia: no obstante, sería simplista ver aquí una simple crisis de crecimiento, o incluso una muestra de vitalidad. Pero este nivel no debe hacernos olvidar el otro: el de las esperanzas y las preguntas de las sociedades para y en las que los historiadores trabajan y escriben.

Visto más de cerca, el desarrollo de la historia se muestra, en efecto, menos marcado por las rupturas -la moda tras la crisis de lo cuantitativo, el paso de lo *macro* a lo *micro*, de la economía a la cultura, de las clases a los grupos más restringidos y a los individuos- que por una continuidad de fondo: la inclusión en el campo de la historia de aspectos que anteriormente estaban excluidos por la carencia de fuentes y, por tanto, no concitaban interés o curiosidad. Esta ampliación se ha hecho por etapas, y a la fuerza, conforme se proponían métodos y definían problemáticas susceptibles de adaptarse a los hechos estudiados y a unas fuentes que no solamente era necesario descubrir, sino también aprender a interrogar y utilizar. Para los datos económicos, demográficos y sociales, que fueron los primeros en ser objeto de una explotación sistemática, el acuerdo cuajó en torno a una definición del hecho histórico (el dato seriado y repetitivo, en oposición al acontecimiento excepcional e individual), a un método (una estadística bastante sencilla que permitía crear cuadros, curvas, porcentajes y relaciones

entre las variables, listados) y a una visión de la historia en la que el determinismo era susceptible de recibir diferentes modulaciones: rigurosas unas (de inspiración marxista), más flexibles otras (Braudel, por ejemplo); pero todas tendían a oponer las realidades profundas, muy a menudo inconscientes, frente a los acontecimientos que formaban la conciencia de los hombres y los encerraban en una comprensión parcial de la historia. Si estas realidades profundas eran frecuentemente de tipo económico y social, tanto más podían ser de orden psicoanalítico o identificarse con estructuras elementales insertas, a modo de códigos inmutables, en el pensamiento y el comportamiento de los hombres, como ocurría con las propias del parentesco. A menudo *objetivas*, también podían inscribirse en el ámbito cultural bajo la forma de hábitos repetidos durante siglos: Braudel mostraba su acuerdo con Lèvi-Strauss al citar a Marx: *los hombres hacen la historia, pero no saben que la están haciendo*. Esto fijaba la tarea del historiador: revelar a los hombres esa historia que sus predecesores habían hecho sin saberlo y, la mayor parte del tiempo, sin comprenderla.

El cuadro así definido era lo bastante flexible como para acoger a historiadores de diferente ideología, pero también para permitir evoluciones internas que sus actores podían mostrar ante sí mismos como rupturas, para alimentar debates de método y de interpretación bastante animados, y para ocuparse de nuevas realidades. El tránsito de la economía a la cultura se hizo bajo el signo de la inserción de lo serial en lo cualitativo: el acceso a la lectura y la escritura, o las actitudes frente a la muerte, podían ser cuantificadas y analizadas, cartografiadas mediante métodos estadísticos comparables a los utilizados para analizar los intercambios comerciales o la producción agrícola; las élites culturales podían ser, asimismo, descritas y contabilizadas mediante la simple adecuación de los métodos usados para las clases sociales. Esta flexibilidad de adaptación es evidente en las trayectorias individuales de muchos historiadores que, desde fuera, podrían parecer quebradas por rupturas, cuando muestran una continuidad en su base. Un François Furet que pasa de las estructuras sociales de la burguesía parisina -siguiendo el programa trazado por Labrousse en el Congreso de Roma de 1955- al estudio de la alfabetización en la Francia de los siglos XVII a XIX, y después a la revisión crítica de la historia política de la Revolución Francesa, situando dentro de la larga duración tanto sus antecedentes como sus consecuencias. Un Edoardo Grendi que evoluciona desde el estudio del tráfico del puerto de Génova hasta la *Microstoria* -en un ensayo de historia total y de antropología a escala de una comunidad ligur-, para volver al estudio de las formas de agregación social tras haber criticado de paso un *daumardismo* que a su parecer quedaría, en adelante, superado. Aunque con trayectorias no tan netamente contrastadas, podrían citarse otros ejemplos. Lo que sugiere que no sería del todo

inútil una historia de la historia después de la última Guerra Mundial, que no se redujera a una historia de las ideas, de sus oposiciones y sus evoluciones, sino que se basara en los itinerarios individuales de los historiadores para identificar los contactos, contaminaciones e influencias que los determinaron, y explicar las aparentes rupturas, porque pondría en evidencia, entre esos contactos e intermedarios, dos grandes dimensiones: una interdisciplinaria y otra internacional.

Esta continuidad de base no debe, sin embargo, hacer olvidar que ha existido ciertamente un cambio interno y una sucesión de etapas significativas. Las más evidentes son aquellas que se refieren a los contenidos: la cultura, las mentalidades, los comportamientos, las prácticas y representaciones sociales. Las más significativas, en cambio, son las correspondientes al método utilizado y lo que revela o implica respecto a la misma concepción del funcionamiento de la sociedad, la posición de los protagonistas y el trabajo de los historiadores. En este ámbito, el cambio más revelador es el que conduce a cuestionar, desde los años 60, el *determinismo* implícito que opone, por citar los conceptos de Bourdieu, una *física social* a una *fenomenología social*. Por un lado, la identificación de estructuras y normas que se imponen a todos los actores sociales. Por otro, al contrario, el estudio de configuraciones particulares, con objeto de identificar la forma en que los individuos, jugando en sus relaciones con otros individuos, a través de conflictos, pero también de compromisos, y en función de los recursos que pueden movilizar, desarrollan estrategias racionales que les permiten retorcér y amoldar estas reglas, y por ello mismo construir lo social. Desde esta perspectiva, la norma no tiene sino existencia abstracta como reconstrucción *a posteriori*: las excepciones a la regla no son desviaciones con relación a un modelo o tipo ideal, sino constitutivas de la propia norma.

Simplificando bastante, diré con placer que la primera actitud, la de la *física social*, ha sido durante mucho tiempo la dominante en la historiografía francesa, que estaba vinculada a determinismos económicos y sociales, a la verificación estadística y a la representación cartográfica, y más cercana en sus relaciones disciplinares a la Economía, a la Antropología estructural y a una Sociología de tradición durkheimiana. Por el contrario, la *fenomenología social*, promovida especialmente por la *Social History* (con sus prolongaciones en Alemania) y por la *Microstoria* italiana, ha tomado importantes préstamos de la Antropología de campo y de sus análisis de las interacciones entre los individuos y los grupos, así como de una Sociología más depurada que, en la tradición francesa, se identificó con el itinerario personal de Pierre Bourdieu.

Con su crítica a toda forma de generalización, la *fenomenología social* ha contribuido a la marginación progresiva de las grandes filosofías de la historia, sean de inspiración marxista o liberal. La década de los setenta vio, en cualquier

caso, afirmarse dos modelos contrapuestos que rompían, ambos, con la visión de un progreso lineal o dialéctico continuo, y con la teoría dominante de la modernización. Por un lado, un modelo centrado en la oposición radical entre pasado y presente; entre las sociedades rurales que acababan de desaparecer y la sociedad urbana e industrial que se generalizaba: *el mundo que hemos perdido* debe ser analizado según su propia racionalidad, distinta de la nuestra aunque también positiva. Por otro, un modelo que trataba de poner en evidencia las continuidades y las similitudes entre situaciones antiguas y actuales, con objeto de resaltar mejor todo lo que del pasado persiste en el presente, afirmando en definitiva la persistente irracionalidad de las sociedades actuales, aún cuando estas mismas pretendan pensarse como racionales.

Por su pesimismo y su ironía, ambos modelos reflejan bastante bien la inquietud de las sociedades occidentales en un momento en que la crisis económica quebraba el optimismo modernizador de las décadas anteriores. Sin embargo no aportaban respuesta alguna. Por el contrario, su falta de proyección hacia el futuro, su renuncia voluntaria a tranquilizar, contribuían a acentuar un nuevo sentimiento de inseguridad. Tanto más cuanto que la historia estaba, al mismo tiempo, siendo cuestionada desde el interior, en sus mismas prácticas y en sus pretensiones de cientificidad, por dos ataques sucesivos. El primero procedía de Foucault, quien negaba toda validez *objetiva* a las fuentes empleadas por los historiadores, y condujo a negar también toda posibilidad de conseguir una mínima objetividad: las fuentes, y en especial la documentación escrita que habitualmente se consultaba, eran el resultado de unas relaciones de poder y, en resumidas cuentas, hablaban más de sus autores que de sus *objetos*. Siendo inaccesible el objetivo que pretende alcanzar, el historiador estaba condenado a optar entre una determinada historia de las representaciones y una u otra forma de silencio.

El segundo ataque, más reciente, afecta a la esencia misma del discurso historiográfico que, a pesar de la inclusión en el texto de un aparato de referencias que se esfuerza por establecer su relación con lo real y su cientificidad, queda emparentado con la narración novelesca y utiliza su mismo sistema de causalidad. La progresiva formulación de esta crítica radical, de la que Roger Chartier ha propuesto un análisis particularmente eficaz en un reciente artículo (*Le Monde*, el 18 de marzo de 1993), puede seguirse desde Michel de Certeau hasta Paul Ricoeur (*Temps et récit*), y posteriormente en las aplicaciones concretas de Jacques Rancière en Francia (*Les mots de l'histoire. Essai de poétique du savoir*) o del *literary criticism* en los Estados Unidos.

3. ¿Qué respuestas?

Si hay *crisis de la historia* se trata de una crisis compleja, en la que se mezclan muchos elementos. Crisis de crecimiento de una disciplina que ha ampliado mucho su territorio y que tiene hoy dificultades para definir sus métodos, sus categorías de análisis y sus hipótesis de trabajo. Crisis de identidad en las relaciones con las demás disciplinas y sobre todo con las ciencias sociales, a las que hemos tomado prestadas problemáticas, definiciones y conceptos que nos parecen del máximo rigor, pero sin llegar nunca a cuestionar de manera decidida la necesidad de mantener unas divisiones que se remontan básicamente al siglo XIX, abordando la construcción de una ciencia social única (como propone Immanuel Wallerstein) o incluso una *inter-ciencia* que englobara también a las disciplinas *no sociales*, las ciencias de la vida y la naturaleza, por ejemplo. Pero también crisis de la propia sociedad que incluye a los historiadores y para la cual trabajan: ella les ha imbuido certezas, les ha incitado a formular las preguntas que parecían más pertinentes, y ahora les transmite sus dudas e incertidumbres. Porque la misma sociedad vive una crisis que abarca múltiples aspectos. Crisis de un modelo económico, social y cultural que se había creído poder extender a todo el mundo. Crisis de modelos alternativos (socialismo o planificación estatal). Estallido interno de sociedades enfrentadas a la autoafirmación de minorías activas que reivindican su propia historia y rechazan el principio mismo de una historia unitaria (la historia americana, con las mujeres, los negros, los indios, etc., es un buen ejemplo). Doble fractura externa, coincidiendo los rápidos progresos de un pequeño grupo de países asiáticos con el incremento del retraso de los otros, consolidándose en estos últimos, y no por azar, formas de rechazo del modelo europeo cuyo eje central está constituido por los fundamentalismos religiosos. Por último, crisis científica que ilustra bien la posición adquirida recientemente, a costa de la biología y de sus estructuras de reproducción, por una física teórica que nos obliga a familiarizarnos con términos y modelos nuevos como entropía, diseminación o bifurcación. La desestructuración afecta en primer término a la sociedad y a los modelos que ésta necesita para desarrollarse y resolver sus conflictos, definiendo un proyecto de futuro, mucho antes de tocar a la historia. Y si el historiador pretende responder de manera eficaz, no puede limitarse únicamente a su disciplina, encerrándose en los refinamientos propios de una minoría de especialistas. La historia se escribe desde ahora desde una multiplicidad de perspectivas y categorías, y en torno a objetivos cada vez más interdisciplinarios, y se interroga sobre sus métodos, sobre su cientificidad, sobre sus técnicas de redacción. En cierto modo, tanto mejor: esta etapa era sin duda necesaria, pero no se trata ciertamente de la etapa final. Tanto

menos cuanto la fragmentación y la renovada reflexión epistemológica vienen acompañadas del consenso de la mayoría de historiadores acerca de su comunidad disciplinar. El objetivo es, pues, mantener esta comunidad y reconstruir en torno a ella un proyecto coherente. Reconozco no sentir demasiada inquietud por la cientificidad de nuestro oficio. Tanto si se trata de una cientificidad relativa, obstaculizada por numerosos errores, como si está condenada a utilizar las técnicas narrativas, sin poder reducirse nunca a un sistema de ecuaciones, queda orientada a la creación de conocimientos controlados y basados en un sistema de pruebas explícitas y verificables, válidos dentro de unos límites que es preciso establecer en cada ocasión.

La historia tienen mucho que ganar con la multiplicación de las perspectivas y la elaboración de historias que consoliden la identidad social de grupos anteriormente rechazados (mujeres, minorías, etc.), a condición de que no se confunda el medio con el fin y de que no se renuncie, aunque quede aplazada para más adelante, a una puesta en común (y no una fusión) de estos puntos de vista, conformando así una globalidad con diversas facetas.

Sin lugar a dudas, la auténtica dificultad (o la verdadera apuesta) se encuentra en otra parte: en el necesario abandono del eurocentrismo originario de la historia, en la capacidad que demos para superar nuestros límites culturales y aceptar, comprender y asumir, en la medida de lo posible, los puntos de vista de otras culturas que están empeñadas en la ingente tarea de escribir su propia historia, no contentándose con ocupar el lugar que les habíamos asignado en la nuestra. Muy pocos estamos preparados para hacer el esfuerzo que supone dotarnos de los conocimientos precisos para hacer frente a esta difícil labor. Porque no se trata de reconstruir no se sabe qué nuevo *orden mundial* de la historia que garantice el mantenimiento de las viejas supremacías, sino de crear algo nuevo, un mundo plural en el que el historiador asuma, con los medios de que dispone, el encargo de poner en contacto pasados y culturas que han vivido y continúan viviendo aislados en sus diferencias.